

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN JUAN 20, 1-9

1. El crucificado es el resucitado. Los apóstoles anuncian una resurrección muy concreta: la de aquel hombre llamado Jesús, a quien las autoridades civiles y religiosas habían rechazado, excomulgado y condenado. Cuando Jesús fue atacado por las autoridades, se encontró solo. Sus discípulos lo abandonaron, y Dios mismo guardó silencio. Con su muerte en cruz, todo pareció concluir. Sus discípulos se dispersaron y quisieron olvidar. Pero ahí ocurrió algo. Una experiencia nueva y poderosa se les impuso: sintieron que estaba vivo. Les invadió una certeza extraña: que Dios sacaba la cara por Jesús. "Jesús está vivo", no ha podido la muerte con él. Dios lo ha resucitado, lo ha sentado a su derecha misma, confirmando la verdad y el valor de su vida, de su palabra, de su Causa: El Reinado de Dios. Jesús tenía razón, y no la tenían los que lo expulsaron de este mundo. Dios está de parte de Jesús, Dios respalda la Causa del Crucificado.

2. El Crucificado ¡VIVE!, ha resucitado. Y esto era lo que verdaderamente enojó a las autoridades judías: Jesús les hizo enojar cuando estaba vivo, y les hizo enojar aún más cuando resucitó entre sus discípulos. A las autoridades judías, lo que tanto les enojaba no era el hecho físico mismo de una resurrección, que un ser humano esté muerto o vivo. Lo que no podían tolerar era que aquel ser humano concreto, Jesús de Nazaret, cuya Causa (su proyecto, su deseo o utopía, su buena noticia) habían considerado tan peligrosa y creían ya acabada al crucificarlo, volviera a ponerse en pie, resucitara. Y no podían aceptar que Dios estuviera sacando la cara por aquel crucificado condenado y excomulgado. Era imposible para ellos que Dios se manifestara a favor de Jesús y de su causa. Ellos creían en otro Dios, no en el que los discípulos de Jesús creían.

3. La resurrección, luz para comprender la Escritura. En los otros evangelios se nombra a varias mujeres presentes en la tumba. En Juan sólo se nombra a María Magdalena. Ella tuvo el valor de quedarse con Jesús hasta la hora de su muerte en la cruz (19,25). Ella anuncia que ve el sepulcro vacío, y entonces Pedro y el Discípulo Amado van al sepulcro. El evangelio nos comunica algo extraño: el "*otro discípulo (discípulo amado)*" corría más que Pedro y llegó primero al sepulcro, pero no entró. Pedro entró y vio los lienzos en el suelo. Después entró el discípulo amado, y dice el evangelio que: "*¡Vio y creyó!*" Pero no nos dice nada de la reacción de Pedro que había entrado primero en el sepulcro vacío. Al final, el evangelio añade esta frase: "*Aún no habían comprendido la Escritura, según la cual Jesús debía resucitar de entre los muertos*" (20,9). Esto significa que el Antiguo Testamento no basta por sí sólo para la comprensión total de Dios y su mensaje de salvación. La luz para entender el verdadero sentido del Antiguo Testamento está en la Resurrección de Jesús: "*vio y creyó*". El sepulcro vacío fue para él, y sólo para él, un "signo". La experiencia de la resurrección fue como una luz que entró en los ojos de los discípulos y de las discípulas y les reveló el sentido total y completo del Antiguo Testamento. Las palabras y los gestos de Jesús durante toda su vida, la imagen del Padre que nos fue transmitiendo, su proyecto del Reino de Dios, nacidos de su experiencia de hijo amado y resucitado por el Padre, cambiaron todo el sentido del Antiguo Testamento (Mt 5,17-18). Dios mismo, que parecía a veces en el Antiguo Testamento tan lejano y severo, asumió los rasgos de un Padre bueno, lleno de ternura.

4. La gloria de Jesús. Al describir la pasión y la muerte de Jesús, el evangelio de Juan no pone la fuerza en la condenación de alguien que está en contra de lo que hace el poder político, sino en la hora de glorificación del Hijo de Dios. A lo largo de todo el proceso que lo lleva a la muerte, Jesús controla los acontecimientos, tanto los suyos como los de sus adversarios. Para Juan, la cruz es sinónimo de "elevación", subida hacia lo alto, para estar junto al Padre (3,14; 8,28; 12, 32-34). Es el comienzo de la resurrección que se manifestará plenamente el primer día de la semana (20,1). Por ello, en el evangelio de Juan, no hay agonía en el Huerto (18,1-2); en la hora de la prisión, los soldados se espantan cuando Jesús afirma: "*¡Yo soy!*" (18,6).